



Parker, Geoffrey. "El soldado", en *El hombre barroco*, James Amelang y Rosario Villari comp. (Madrid, Alianza Editorial, 1992) 49-81. ["Il soldato", in *L'uomo barocco*, Rosario Villari comp. (Bari, Editorial Laterza, 1981)].

Capítulo segundo El soldado¹

En 1641, el poeta y jefe militar italiano Fluvio Testi escribía: «Este es el siglo del soldado». Tenía razón. Por una parte, las hostilidades en Europa eran mayores que nunca; por otra, implicaban a un número de tropas sin precedentes. Así, durante todo el siglo XVII sólo se vivieron cuatro años de paz completa. Los Estados otomano, austríaco y sueco vivieron en guerra dos de cada tres años; la monarquía española, tres de cada cuatro; y Polonia y Rusia, cuatro de cada cinco. En 1600, cuando España luchaba contra Inglaterra y Holanda, y Francia combatía en Savoya, el tamaño total de todos los ejércitos europeos de a pie ascendía a algo menos de 250.000 soldados. Podemos afirmar con toda seguridad que, hacia 1645, esta cifra se había doblado, toda vez que en Alemania y los Países Bajos 200.000 soldados luchaban por alzarse con la victoria en la Guerra de los Treinta Años (1618-48); otros 100.000 se encontraban inmersos en las guerras civiles de las Islas Británicas, y un número todavía mayor combatía en los conflictos bilaterales entre Francia y España, Dinamarca y Suecia, y el Imperio otomano y la República de Venecia. Hacia 1706, en pleno apogeo de la Guerra de Sucesión española y de las grandes guerras del Norte, llegaron a movilizarse tal vez 1.300.000 soldados, y sólo Francia alcanzaba ya casi los 400.000. Parece que, durante el siglo XVII, un total aproximado de diez o doce millones de europeos se hicieron soldados. Pero, ¿quiénes eran exactamente esos guerreros?, ¿de dónde venían?, ¿cómo se les avituallaba?, ¿qué destino les esperaba?

Reclutamiento del ejército

Casi todos los soldados de la época barroca eran, como los del Renacimiento, voluntarios que se alistaban por propia iniciativa. El proceso era muy parecido en toda Europa. El principal oficial encargado del reclutamiento era generalmente el capitán y la unidad fundamental la compañía. El gobierno escogía a los capitanes y les asignaba la

¹ Mi más sincero agradecimiento a John A. Lynn, Jane H. Ohlmeyer y J. Scott Wheeler por haberme proporcionado con tanta generosidad algunos importantes materiales inéditos para la redacción de este artículo.



tarea de reclutar una compañía en un área determinada. El capitán escogía primero a sus oficiales subalternos y ordenaba crear un estandarte. En ese momento, con sus colores, su tambor y sus oficiales, el capitán partía a visitar los diferentes pueblos y ciudades que le habían encomendado. Cuando llegaba a sus puntos de destino, los magistrados locales debían proporcionar al capitán una posada o una casa vacía que pudiera servirle de cuartel general. En él se desplegaban los colores de la compañía y el tambor tocaba para atraer voluntarios. De entre los que acudían a ofrecer sus servicios, el capitán escogía a aquellos hombres de aspecto saludable que tuvieran más de 16 años y menos de 40, y que, a poder ser, «no estuvieran casados ni fueran hijos únicos, lo que supondría una pérdida para sus padres o para sus pueblos». Los nombres de los reclutados se añadían a la lista de la compañía (eran «alistados») y el nuevo soldado recibía una cantidad al contado y, a veces, un uniforme. Mientras esperaban a que finalizara la leva, disfrutaban también de alojamiento y comida gratuitos. Una vez la compañía estaba *completa* -generalmente al cabo de dos o tres semanas-, se leían en voz alta los artículos del código militar y se daban a conocer los castigos que iba a merecer cualquier mala conducta futura. Los hombres debían levantar la mano derecha y jurar que aceptaban estas ordenanzas, la más importante de las cuales era la obligación del soldado, so pena de muerte, de cumplir todas las órdenes que recibiera sin cuestionarlas, y prestar servicio hasta que fuera oficialmente licenciado. Por medio de este juramento, los soldados entraban formalmente al servicio del Estado que los reclutaba, y como prueba de ello recibían la paga del primer mes, aunque, en realidad, el dinero lo recibía el capitán, que deducía todos los adelantos realizados -en forma de alimentos, dinero de bolsillo o ropa- antes de entregar a cada hombre lo que le correspondía. Después, la compañía partía, o bien directamente al teatro de operaciones, o bien a un puerto de embarque.

Las áreas geográficas donde habitualmente se realizaban los reclutamientos eran también muy similares en toda Europa. Los pueblos pastores de las tierras altas habían sido tradicionalmente cuna de los ejércitos -sobre todo las zonas sub-alpinas del sur de Alemania, Austria y Suiza-, y el siglo XVII no fue una excepción; pero la mayor parte de muchos de los ejércitos de la época barroca procedían, aparentemente, de otras áreas, esto es, de las ciudades y de las propias zonas en guerra. Así, un estudio sobre los soldados franceses reclutados a mediados del siglo XVII muestra que el 52 por 100 procedía de las ciudades, en una época en que la población urbana no alcanzaba el 15 por 100 de la población del país. Las razones eran simples: en primer lugar, las ciudades solían albergar una considerable población flotante, que, sobre todo en períodos de depresión económica, podía considerar su alistamiento en un ejército como una buena alternativa al hambre que azotaba a su territorio. En segundo lugar muchos campesinos acudían a los mercados de las ciudades a intervalos regulares y volvían a sus pueblos con noticias referentes a cualquier oficial de reclutamiento que pudiera haber en la región. De modo que, por ambos motivos, era lógico que el capitán concentrara sus esfuerzos en los centros urbanos. También era lógico reclutar hombres lo más cerca posible de las zonas en guerra: primero, por el mayor trastorno que allí se producía y,

segundo, debido a la reducida distancia que había que recorrer hasta «el frente». Aunque en el siglo XVII muy pocos ejércitos llevaron sistemáticamente un registro de sus tropas, las pruebas fragmentarias de que disponemos sugieren que la edad media de los soldados alistados era de unos veinticuatro años, y que casi una cuarta parte de ellos se había incorporado a filas antes de cumplir los veinte años.

Estos datos en bruto nos ofrecen una clave para comprender cuál era el principal motivo de los que aceptaban voluntariamente el servicio militar: la necesidad. Muchos de ellos hubieran hecho suya probablemente la seguidilla que cantaba el soldado del *Quijote* de Cervantes (Parte II, capítulo XXIV):

A la guerra me lleva
mi necesidad;
si tuviera dineros,
no fuera, en verdad.

Algunos eran «fracasos sociales», hombres que ya habían abandonado sus pueblos y habían intentado sin éxito establecerse en las ciudades; hombres que no podían -o no querían- continuar con el negocio o la profesión de sus padres; hombres que, según palabras despiadadas del gobierno irlandés en 1641, «están, en su mayor parte, poco capacitados para la agricultura o la manufactura y se han criado en un clima tal de indolencia y holgazanería que son unos ineptos, y, naturalmente, muestran una total indisposición a trabajar en cualquier labor útil, lo que constituye una de las causas de su indigencia y de su pobreza, por lo que ahora se les insta a buscar fortuna en el extranjero»². A este sector de la población se sumaban a menudo aquellos que se quedaban sin trabajo a causa de la recesión económica y los que veían sus cosechas devastadas por elementos naturales o humanos. Todos los oficiales de reclutamiento aseguraban que era mucho más fácil encontrar hombres cuando los precios eran altos o cuando el trabajo escaseaba, y la cantidad que se pagaba como «prima de alistamiento» variaba en función de esos parámetros. En Francia, durante el invierno de 1706-1707, la prima alcanzaba las 50 libras, pues los precios estaban relativamente bajos; en 1707-1708, se produjo un alza de los precios, y la prima descendió a 30 libras; en 1708-1709 era ya tan sólo de 20. En 1709-1710, tras el peor invierno de los últimos cien años, los hombres se alistaron sin pedir prima alguna, porque el precio del pan era tan elevado que enrolarse se convirtió en una de las pocas oportunidades de supervivencia que se les ofrecía a los pobres de solemnidad.

Pero no todos los voluntarios acudían forzados por las necesidades económicas. Había un segundo grupo, algo más reducido, compuesto por aquellos que deseaban un «cambio de aires». Algunos acudían empujados por crisis domésticas temporales, como las amenazas de un padre furioso, o de un padrastro, o por el riesgo a comparecer ante

² British Library, *Egerton Ms 2533*, f. 121, Lords Justices in Dublin to Secretary Vane, 3 de agosto de 1641.

los tribunales por algún delito criminal o moral. Otros, simplemente deseaban ver mundo o completar su educación general con una cierta experiencia militar. En las décadas de los años veinte y treinta, por ejemplo, era bastante común que los caballeros ingleses participaran durante algunas semanas en el *Grand Tour* alojándose en tiendas de campaña durante el sitio de un ejército en Holanda. Otros, por último, se sentían atraídos por el riesgo y el peligro de las tentativas militares, por la oportunidad de obtener gloria y por la emoción de pertenecer a un «grupo cerrado» exclusivo, que en Alemania llegó a crear un vocabulario propio, el *Rotwelsch*³. Sir James Turner, un escocés que durante los años treinta luchó tanto por Dinamarca como por Suecia, confesaba que había ido a la guerra porque «de obsesionaba el deseo de ser, si no actor, sí por lo menos espectador de esas guerras que en su época tanto resonaban por todo el mundo»⁴. Finalmente, Robert Monro -otro escocés al servicio de Suecia, que escribió la primera historia de un regimiento en lengua inglesa, titulada *Monro: his expedition with the worthy Scots regiment call'd Mackays*-, aunque admitía su gusto por el viaje y la aventura, así como por la experiencia militar bajo el mando de un jefe ilustre, situaba por encima de todos estos motivos para luchar en el continente el deseo de defender la fe protestante y los derechos y el honor de Isabel Estuardo, la hermana de su rey y la viuda del derrotado «Rey Invierno» de Bohemia.

Pero Monro era un oficial y, por lo tanto, era libre para elegir la causa por la que deseaba luchar; muchos de sus hombres tenían otro motivo: se lo ordenaba el jefe de su clan, porque casi todos los soldados del regimiento de Mackay se llamaban precisamente así, Mackay. Del mismo modo, muchas de las tropas escocesas que conducía James, marqués de Hamilton, a luchar por Gustavo Adolfo en 1631 llevaban el mismo nombre que su coronel. Lo mismo ocurría en Francia. Incluso cuando los ejércitos de Luis XIV alcanzaban ya los 400.000 hombres, el reclutamiento que llevaban a cabo los oficiales entre sus parientes y sus vasallos personales seguía desempeñando un importante papel en la obtención de voluntarios. Evidentemente, la suma de vínculos «familiares» o «feudales» a las obligaciones militares normales sólo podía reforzar la cohesión de las unidades, de ahí que, siempre que les era posible, los coroneles escogieran a sus oficiales entre familiares o vecinos, y reclutaran a todos los vasallos que podían.

Por último, a medida que avanzaba el siglo, se fue imponiendo un motivo más de alistamiento: un creciente número de voluntarios escogía el ejército como carrera porque habían nacido literalmente para él. Los registros nupciales que llevaban las iglesias de las guarniciones demuestran que tanto las novias como sus futuros esposos eran a menudo *huius castris filia* (o *filius*). Mientras tanto, las listas de revista de muchas unidades implicadas en las últimas etapas de la Guerra de los Treinta Años incluían un

³ En el libro de H. M. Moscherosch *Wunderliche und warhafftige Gesichte Philanders van Sittewald* (2 vols., Estrasburgo, 1640-42), «Sechters Gesichte: Soldaten Leben», aparece un «Sprachbüchlein» de nueve páginas en el que se consignan términos de argot utilizados por los soldados.

⁴ Sir James Turner, *Memoirs of his own Life and Times*. Edimburgo, 1829, página 3.



número creciente de soldados que, como los hijos de *Madre Coraje*, no habían lecho más que servir a los ejércitos. Era lógico que al acabar una guerra, estos hombres, que no sabían hacer otra cosa, se apresuran en su mayor parte a ir en busca de otro conflicto donde ejercer su profesión. No es de extrañar que, una vez finalizada la Guerra de los Treinta Años, en 1648, Alemania se convirtiera en la principal zona de reclutamiento de otros países.

Hay que señalar, sin embargo, que este fenómeno no era nada nuevo, ya que la mayor parte de los primeros ejércitos regulares modernos contaban con un componente extranjero sustancial. Así, el ejército español de Flandes, el primer gran ejército permanente de Europa, estaba formado por tropas españolas, italianas, borgoñonas y holandesas -todas ellas súbditas del rey de España-; en cambio, aproximadamente un tercio del ejército procedía de Inglaterra, Irlanda y, sobre todo, Alemania. Existían razones poderosas para la existencia de este multinacionalismo. En primer lugar, en el siglo XVII era materialmente imposible para un Estado formar un ejército de grandes dimensiones contando tan sólo con sus propios súbditos. En palabras del perspicaz escritor y militar francés Blaise de Vigenère:

«Por lo que a los españoles se refiere, no se puede negar que son los mejores soldados del mundo; pero son tan pocos, que apenas se pueden reclutar cinco o seis mil hombres cada vez».

Lo mismo ocurría en el ejército francés. El cardenal Richelieu apuntaba en su *Testamento político* (1642): «es prácticamente imposible llevar a cabo con éxito guerras de gran envergadura contando sólo con las tropas francesas»⁵. Por lo menos una quinta parte de los ejércitos de Luis XIII y Luis XIV se reclutaba en el extranjero. Se cree que fueron 25.000 los soldados irlandeses que lucharon bajo bandera francesa entre 1635 y 1664, junto a numerosos regimientos alemanes y suizos reclutados tanto por Estados católicos como protestantes. La segunda buena razón para reclutar extranjeros en vez de echar mano de las tropas locales era reducir el riesgo de desertión. Tal como observaba un comandante del ejército español de Flandes en 1630:

«Si se produjera una guerra en Italia, sería preferible enviar holandeses allí y traer a los italianos aquí [a Holanda], porque las tropas nativas del país en el que se produce la guerra se licencian con mucha rapidez y no existe una fuerza más segura que la de los soldados extranjeros».

Poco después añadía: «Por el momento no se puede hacer una guerra [...] como no sea con tropas extranjeras, porque las unidades locales se desintegran

⁵ B. de Vignère, *L'art militaire d'Onosender, auteur grec*. París, 1605, f. 170v. A. J. Duplessis, cardenal y duque de Richelieu, *Testament politique*. Ed. L. André, París, 1947, pp. 394-95.



inmediatamente»⁶. No obstante, la monarquía española aplicaba un sistema, que venía a ser una expatriación militar, por el cual, de forma deliberada, se enviaba a las tropas a servir en el extranjero. Aunque ningún otro país llegó tan lejos, durante el siglo XVII los ejércitos holandeses, polacos, rusos, imperiales y suecos dependieron en gran medida de las formaciones extranjeras.

Sin embargo, estas «tropas extranjeras», formadas también principalmente por voluntarios, no podían reclutarse directamente por encargo, al ser sus componentes súbditos de otros países. Por ello los encargados de reclutarlos eran contratistas o intermediarios militares independientes. Era fácil establecer las condiciones: se firmaba un contrato que obligaba al gobierno a adelantar una suma determinada de dinero al contratista, junto con la promesa del pago regular de un salario determinado a partir de ese momento y el derecho a nombrar a sus propios oficiales; a cambio, el contratista se comprometía a presentar un determinado número de hombres en el plazo y el lugar convenidos. Muchos contratistas, como profesionales que eran, podían trabajar con rapidez: generalmente mantenían de forma permanente un cuerpo mínimo de oficiales y suboficiales y estaban preparados para reclutar al resto en cuestión de pocos días.

El sistema alcanzó su apogeo durante la Guerra de los Treinta Años, cuando unos 1.500 individuos contrataban tropas por toda Europa, desde Escocia hasta Rusia, para uno o varios jefes militares. Entre 1630 y 1635, había unos 400 intermediarios en activo que reclutaban y mantenían equipadas a compañías, regimientos y brigadas enteros.

También se intentó con éxito reclutar ejércitos completos por este método. Un «contratista general» se ocupaba de reclutar un cuerpo de muchos regimientos para un país. Aunque Albrecht von Wallenstein, que reclutó a todo un ejército imperial en dos ocasiones -en 1625 y en 1631-1632-, es el caso más conocido de este sistema extremo de delegación militar, hubo también otros: el conde Ernerst de Mansfeld para el ejército holandés durante los años veinte, el marqués de para Suecia y el duque Bernard de Saxe-Weimar para Francia en la década de los treinta.

El requisito fundamental para un contratista era la destreza en la gestión. Vencer en la acción, aunque parezca sorprendente, no constituía una exigencia previa, y de hecho parece que algunos de los contratistas más destacados -como Mansfeld y Dodo von Knyphausen durante la década de los veinte- llevaron a sus ejércitos de derrota en derrota sin perder el control de sus tropas, y ello merced a una hábil e ingeniosa organización de los limitados recursos con que contaban. Pero la riqueza era esencial para el éxito. Wallenstein adelantó al emperador más de 6.000.000 de táleros entre 1621 y 1628, con los que creó el ejército que derrotó a la coalición protestante e invadió el norte de Alemania y la península de Jutlandia. En 1637, Bernard de Saxe-Weimar, cuya

⁶ Bibliothèque Royale, Bruselas, Ms 16149, ff. 41v-45 y 53v-54v, el marqués de Aytona a Felipe IV, 19 de diciembre de 1630 y 2 de abril de 1631.

herencia como hijo menor era pequeña, estimó su fortuna personal en 450.000 táleros, aproximadamente un tercio de la misma en efectivo, un tercio en letras de cambio y un tercio colocado en un banco de París. Ello le permitió reunir al año siguiente las fuerzas que tomaron Breisach, la preciada cabeza de puente de Francia al otro lado del Rin.

En general, el prestigio de estos jefes solía ser suficiente para traer voluntarios, y cuando no era así, a veces recibían ayuda de las autoridades locales deseosas de deshacerse de «elementos indeseables», tales como criminales o «pobres holgazanes». Así, en 626, el número de hombres, pertenecientes al clan que se sumaron al regimiento de Mackay para luchar en Dinamarca se vio incrementado por algunos presos de las cárceles locales. A estos hombres se les condujo a los muelles fuertemente custodiados y se les hizo jurar antes de embarcar «que nunca más volverían al reino so pena de muerte». Al año siguiente, otro coronel escocés fue autorizado a incorporar a su regimiento, que debía prestar servicio en Alemania, a todos «los mendigos y vagabundos fuertes, a los hombres que no tuvieran patrón ya vagos merodeadores sin oficio ni beneficio». El gobierno justificaba esta, en cierto modo, abusiva actitud hacia los ociosos porque, según aseguraba, «se pasan el día en las tabernas, y, por lo tanto, son una carga inútil para el país, mientras que se podría muy bien disponer de ellos para luchar en las guerras, y mejor estarán trabajando que tumbados en su casa holgazaneando sin ningún provecho»⁷.

Esta era una forma de reclutamiento como cualquier otra, o por o menos pretendía serlo, ya veces se utilizaba incluso en las «levas nacionales». Así, en 1646, el mando militar español organizó una redada en los burdeles y tabernas de Madrid, se esposó a todos los varones útiles que en ellos encontraron, los metieron en carros y los llevaron a luchar a Cataluña en nombre del rey. Un año después, se notificaba lo siguiente a los oficiales de reclutamiento que encontraban dificultades para reclutar soldados:

«Si hay muchos hombres en las cárceles del reino en edad de prestar servicio, y siempre y cuando no estén allí por haber cometido *delitos atroces*, pueden ser liberados y conmutárseles la pena a cambio de servir en esas compañías durante un período de tiempo limitados»⁸.

Pero estas medidas desesperadas seguían limitándose, en casi todos los países, a épocas en las que la presión militar era extrema y recaía sobre grupos sociales generalmente considerados «prescindibles». La única forma de servicio militar obligatorio permanente que podemos encontrar a principios de la Europa moderna es el *indelningsverk*, o «sistema de asignación», que introdujeron Finlandia y la Suecia metropolitana durante el primer cuarto del siglo XVII. El primer intento por elaborar

⁷ *Register of the Privy Council of Scotland...* 1625-7. D. Masson ed., Edimburgo, 1899, pp. 385 y 542-43.

⁸ Archivo General de Simancas, *Guerra Antigua*, 1616, folios no numerados, consulta del Consejo de Guerra, 2 de octubre de 1647.



un esquema de requisa general se produjo en la primera década del siglo, cuando se compilaron registros de todos los varones mayores de 15 años. Más adelante, después de 1620, se estableció una cuota fija por la cual cada parroquia debía proveer, equipar y alimentar a un soldado por cada diez parroquianos aptos para el servicio. Sin embargo, algunos grupos seguían teniendo más probabilidades de ser llamados a filas que otros. Los que se encontraban ausentes de la reunión convocada para elegir a los soldados eran, previsiblemente, los primeros en ser alistados, mientras que los nobles, los clérigos, los mineros, los que trabajaban en la fabricación de armamento o los hijos únicos de madres viudas estaban por lo general exentos. Era inevitable que, en una sociedad como aquélla, predominantemente rural, la mayor parte de los soldados suecos fueran campesinos. En los voluminosos pero todavía poco manejados registros de las fuerzas nacionales que creó el Imperio continental sueco en el siglo XVII, *bonde* -granjero campesino- es de lejos la profesión más común entre los alistados. Cada año, el gobierno determinaba el número total de reclutamientos necesarios y establecía una cuota para cada provincia y parroquia. La cifra total puede parecer escasa -11.000 en 1628, 8.000 en 1629, 9.000 en 1630, y así sucesivamente-, pero no debemos olvidar que Suecia era un país pequeño, con una población inferior a los 500.000 varones adultos.

Paradójicamente, una de las razones por las que había que reclutar a tantos hombres -ya sea por encargo, contrato o reclutamiento- era que una parte considerable de los nuevos alistados lamentaban en seguida el haberse enrolado. Durante la primera mitad del siglo tuvo especial incidencia la desertión. Aun estando castigada con la pena de muerte, representó un problema fundamental para todos los ejércitos, especialmente durante los asedios prolongados, que constituían la actividad militar más común en la época barroca. Así, por ejemplo, durante el sitio de Bergen-op-Zoom, acaecido en 1622, el ejército español de Flandes perdió casi al 40 por 100 de los 20.600 soldados acampados alrededor de la ciudad, muchos de ellos por desertión. Desde las murallas de Bergen, los centinelas veían a menudo cómo sus adversarios abandonaban sus puestos furtivamente, aparentando ir en busca de leña o a recoger hortalizas, y se iban alejando poco a poco de las trincheras hasta que finalmente huían en pos de la libertad. Otros, como mínimo 2.500 hombres -un tercio de las pérdidas totales-, adoptaban a la desesperada la determinación de desertar en favor de la misma ciudad que estaban sitiando. Desde el atardecer hasta que ya era oscuro se podía ver a los soldados saltando como conejos desde sus madrigueras, abandonando las trincheras, setos, matorrales y zanjas donde estaban escondidos, para salir corriendo a toda velocidad hacia la ciudad.

Se dio el caso increíble de que un grupo de atacantes depusiera sus armas durante un asalto y se pasara al otro bando para poder escapar. Algunos de los desertores eran italianos que acababan de llegar a los Países Bajos; todo lo que pedían en Bergen era «un poco de pan y algo de dinero», junto con, a ser posible, un salvoconducto para volver a casa. Uno de ellos presentó un relato particularmente



expresivo de las condiciones de vida entre los sitiadores: «¿De dónde viene?», le preguntaron los centinelas; «d'inferno», respondió⁹.

Durante la primera mitad del siglo, en el ejército francés se daba por sentado que, para llevar 1.200 hombres al frente, era necesario reclutar 2.000, ya que la desertión y la enfermedad representaban en los primeros meses el 40 por 100 de las levadas. De ahí que en 1635, el primer año de guerra declarada con España, los franceses enviaran a reclutar 145.000 hombres para formar un sólido frente de tan sólo 69.000 soldados. Parece que el ajusticiamiento de un puñado de desertores hechos prisioneros no mejoraba la situación, porque el problema no nacía del miedo, sino de la desesperación. Como decía el comandante en jefe del ejército español de Flandes en 1635:

«La mayor parte de los soldados que sirven en estas provincias, lo hacen con disgusto y aflicción. De las cuatro o cinco mil solicitudes de licencia absolutas pendientes, la mayor parte se conforma con un permiso para marcharse como todo pago por sus servicios. Esto es debido a que la lucha aquí es muy encarnizada, larga y muy dura, mientras que la falta de salarios causa gran miseria; de modo que los que vienen aquí piensan en esto, y en el estado en que se encuentran sus compatriotas, y pronto pasan a lamentar el haber venido»¹⁰.

Por lo tanto, no cabía esperar que descendieran las tasas de desertión mientras no mejoraran las condiciones del servicio, es decir, mientras no fueran pagados de forma regular, no existiese un suministro de alimentos constante y no se estableciera algún sistema para poderse marchar. La hazaña se logró por primera vez en Francia, donde el poderoso ministro de la guerra de Luis XIV, marqués de Louvois, hizo un gran esfuerzo por mejorar la suerte del soldado francés. Gracias a ello, ya los draconianos castigos impuestos no sólo a los desertores, sino también a los que les auxiliaban y refugiaban, se pudo empezar a controlar la desertión. De todos modos, entre 1684 y 1714, unos 16.000 fugitivos ilegales del ejército fueron encadenados y trasladados a Marsella como presidiarios para cumplir su sentencia en galeras.

El aprovisionamiento para la guerra

A pesar de lo dicho, la mayor parte de las tropas reclutadas en Europa a lo largo de la época barroca no desertaban, y ello tanto respecto a las tropas reclutadas por encargo, como por contrato o alistamiento. Aceptaban la disciplina militar y las condiciones establecidas en el código militar en la esperanza de recibir la soldada,

⁹ C. A. Campan, *Bergues sur le Soom assiégée*. Ed. Middelburg, 1623; reimpresso en 1867, pp. 132-33, 255, 321-22 y 407.

¹⁰ Archives Générales du Royaume, Bruselas. *Secrétairerie d'Etat et de la Guerre*, 213 ff., pp. 157-58; el cardenal infante don Fernando al rey Felipe IV, 11 de octubre de 1635.

manutención y -en determinadas circunstancias- el producto del saqueo a cambio de sus servicios. Pero una cosa eran las promesas y otra muy distinta llevarlas a cabo. La realidad es que, a lo largo de la primera mitad del siglo -y en algunos países mucho después- ningún gobierno controló suficientemente los recursos financieros como para mantener a todas sus fuerzas armadas. Aunque se recaudaban impuestos, se obtenían préstamos y se enajenaban bienes, el coste de librar una guerra generalmente superaba los fondos disponibles. Por eso, en vez de pagar la soldada de cada hombre en efectivo, muchos ejércitos se mantenían gracias a un complejo sistema de «financiación alternativa». Una novela de la época sobre la Guerra de los Treinta Años -*Las aventuras de Simplicissimus, el alemán*- presenta una amarga sátira del sistema de remuneración. Su autor, Hans Jakob Christoffel von Grimmelshausen, dedicó al tema un rebuscado símil que comparaba la jerarquía militar en días de pago con una bandada de pájaros en un árbol. Según él, los que estaban en las ramas más altas:

«se encontraban de lo más felices y contentos cuando un pájaro-comisario voló sobre ellos y lanzó una batea llena de oro sobre el árbol [...] para que cogieran tanto como pudieran y dejaran que cayera lo menos posible o nada de nada sobre las ramas más bajas, de modo que, de los que allí estaban sentados, más fueron los que murieron de hambre que como consecuencia de los ataques del enemigo»¹¹.

En realidad, la visión de Grimmelshausen estaba en cierto modo distorsionada, porque los pájaros de las ramas más bajas -los soldados rasos- recibían en la práctica un considerable auxilio a través de otros medios. Primero vino el saqueo. El sueño de cualquier soldado era participar en el asalto victorioso a una ciudad que se hubiera negado a rendirse, dado que entonces, de acuerdo con la vigente ley de la guerra, los asaltantes tenían derecho a saquearla y a privar legítimamente a sus habitantes de su libertad, de su propiedad e incluso de sus vidas. Los rescates y bienes conseguidos en el saqueo de una ciudad rica podían convertir a todos los soldados victoriosos en príncipes. Así, las tropas imperiales que saquearon Mantua en 1630 o los ejércitos franceses que asolaron el Palatinado en 1688-1689 volvieron a sus hogares con fabulosos botines. Por su parte, las riquezas acumuladas por los *Ironsides* de Cromwell durante su exitosa campaña escocesa, desde la batalla de Dunbar en 1650 hasta el saqueo de Dundee un año después, llenaron 60 barcos. Pero objetivos menos ambiciosos podían proporcionar también un enriquecimiento considerable. Se podían tender emboscadas y obtener botines o rescates de las caravanas de mercancías, y se podían saquear y quemar con total impunidad los pueblos no fortificados o las granjas aisladas. No sólo se violentaba a propiedad: si las tropas sospechaban que hombres, mujeres o niños conocían la existencia de bienes escondidos, los torturaban, además de ser habitual y reiterada la violación de las mujeres. Había un dicho durante la Guerra de

¹¹ H. J. C. von Grimmelshausen, *Der abenteuerliche Simplicissimus Teutsch*. Montbéliard, 1669, libro I, cap. XVI.

los Treinta Años que rezaba así: «Cada soldado necesita tres campesinos: uno para entregar su casa, otro para ofrecer a su esposa y otro para ocupar su lugar en el infierno».

Esta conducta era no sólo cruel, sino también «ineficaz», tanto porque se enajenaban, destruían o eliminaban bienes y trabajadores que podían resultar valiosos a otras unidades del ejército, como porque existía también el riesgo de un peligroso contraataque civil. Eso es precisamente lo que relata Robert Monro, uno de los coroneles del ejército que dirigía Gustavo Adolfo, con respecto a la entrada de sus tropas en Baviera durante el verano de 1632:

«Los campesinos, en tropel, trataban con crueldad a nuestros soldados, que habían acudido a saquearles, y les cortaban la nariz, las orejas, las manos y los pies; les sacaban los ojos y les sometían a muchas otras crueldades que ellos conocían; todo ello en justo pago a los soldados que habían quemado numerosos pueblos durante el avance, abandonando también a los campesinos muertos en el lugar donde los habían encontrado»¹².

Para evitar esta destrucción desenfrenada, se decidió castigar severamente a los soldados que oprimieran a los civiles. Por lo menos cinco hombres del regimiento de Monro fueron ejecutados por un pelotón, y el preboste militar condenó a muerte a otros varios por maltratar a la población civil.

Como la guerra continuaba, se hizo imprescindible el establecimiento de unos medios más racionales de explotación de los recursos locales, empezando por la provisión de alojamiento gratuito. Esta era ya una práctica habitual en los países con un ejército permanente, como en el Milanesado español, y los archivos de las ciudades con guarnición, como Alejandría, están llenos de documentos -cartas, órdenes, facturas, informes- relativos al coste del alojamiento de la guarnición en casas privadas y del suministro de camas, sábanas, velas, leña, platos, servicio de habitaciones e incluso prostitutas¹³. Aunque tuvieran que apretujarse cuatro o cinco en una cama, se consideraba que las tropas sobrevivían mejor cuando se alojaban en casas privadas que cuando se les acuartelaba en barracones, a pesar de la inevitable pérdida de disciplina. Tal como escribió Michel Le Tellier en 1642, cuando era inspector del ejército francés en Italia, «recibir dos meses de paga y alojamiento con los campesinos [en Francia] vale mucho más [para las tropas] que tres meses de paga y vivir en barracones en Turín»¹⁴.

¹² Robert Monro, *Monro his expedition with the worthy Scots regiment call'd Mackays*. Edimburgo, 1637, II, p. 122.

¹³ Véase, por ejemplo, en el Archivo di Stato de Alessandria, las series de varios volúmenes de *Alloggiamenti*. En el volumen 4 f. 133, hay una orden que obliga a los magistrados a suministrar ocho prostitutas a cada compañía de la guarnición.

¹⁴ Citado por L. André, *Michel le Tellier et l'organisation de l'armée monarchique*. París, 1906, p. 73.

Pero esas acogedoras disposiciones, que además le resultaban económicas al Estado, sólo eran viables cuando las guarniciones tenían unas proporciones modestas. En el siglo XVII, muy pocas ciudades europeas podían presumir de tener más de 10.000 habitantes, y les resultaba simplemente imposible, sobre todo si se trataba de un área rural, alimentar y albergar durante mucho tiempo a 20.000 y 30.000 soldados, cuando no a 100.000, como llegó a ocurrir a finales de siglo. Por esta razón, el aumento del tamaño y la prolongación de la estancia de los ejércitos dieron lugar al desarrollo de alternativas al «libre alojamiento». Cada vez más, se consideraba que los soldados, cuando no estaban sirviendo de forma activa, debían vivir en barracones con múltiples camas construidos a propósito, y durante las marchas, en tiendas de campaña. Para otras necesidades esenciales -sobre todo comida, ropa y transporte-, se recurrió a las «contribuciones», esto es, gravámenes recaudados directamente por cada comunidad situada en los alrededores del asentamiento del ejército y pagados, ya sea al contado, ya en especies necesarias para la tropa. Las «contribuciones», en su más cruda manifestación, se conseguían con una simple amenaza: si no se satisfacían las necesidades de las tropas, éstas quemaban todo el pueblo hasta los cimientos. Pero semejante técnica resultaba inadecuada si un ejército tenía prevista una larga estancia en un área determinada, porque no podían incendiar los lugares más de una vez. Sin embargo, se desarrolló un nuevo sistema originado en las tierras bajas durante los primeros años del siglo bajo la dirección del intermediario militar genovés Ambrogio Spinola, jefe del ejército de Flandes entre 1603 y 1628. A este militar se le advertía:

«que si dominaba y vencía a sus enemigos [...] debía dirigir su afecto más hacia la gente que hacia sus soldados, porque [...] aunque su paga es un alojamiento en Perú, sus soldados podían pasar hambre en Flandes; pero, si trataba muy bien a la gente, ésta le ofrecería pan además de su agradecimientos»¹⁵.

De modo que, con el tiempo, los intendentes de los regimientos y de las compañías por un lado, y los magistrados locales por otro, acabaron elaborando un programa de contribuciones. Se firmó un recibo por todos los artículos asignados a las tropas, y después se sustrajo la suma total tanto de sus futuras pagas como de los impuestos que la comunidad debía al gobierno. Además, los jefes locales publicaron cartas de protección según las cuales, al menos en teoría, se garantizaba que el pueblo no iba a tener que pagar contribuciones a ninguna otra unidad militar de la zona. Cuando un ejército partía para una campaña, el sistema se iba con él. Así pues, se establecía un «sistema rápido de aviso» entre comunidades leales, que se extendía a todo lo largo de la línea por donde el ejército tenía proyectado pasar, para que pudiesen preparar con antelación el necesario avituallamiento de las tropas. También en este

¹⁵ Cambridge University Library, *Additional Manuscript* 4352, 7: «Discourse concerning ye affaires of Ireland» (ca. 1645), en el que se menciona la conversación entre Spinola y Jean Richardot.



caso, el coste de todos los artículos suministrados se deducía de los impuestos correspondientes.

El Estado seguía exigiendo cierta cantidad de dinero, pero no representaba más que una parte de lo que el ejército costaba realmente. En una carta escrita en enero de 1626 a principios de su primer generalato, Wallenstein comunicaba al ministro imperial de finanzas que necesitaba «un par de millones de táleros anuales para seguir manteniendo esta guerra a largo plazo». De todas formas, esto se escribió en una época en que la Armada Friedlandsche tenía 110.000 hombres y costaba por lo menos cinco veces más. Además, el dinero del emperador nunca se empleó en pagar a las tropas, sino que lo utilizaba Wallenstein para mantener su crédito personal y para suministrar a oficiales y soldados los bienes y servicios imprescindibles para su supervivencia como fuerza de combate efectiva. Gracias a ello ya las contribuciones, las pagas podían esperar hasta que finalizara la guerra.

Hacia 1640, la mayor parte de los administradores militares estimaban que pagaban entre la mitad y las dos terceras partes de las soldadas de sus tropas en especies, para mayor provecho tanto de los soldados como del gobierno, pues, tal como escribió Miguel de Cervantes, la guerra hace al mísero generoso, y al generoso derrochador. Los soldados tendían a gastarse el dinero en cuanto lo cobraban. Michelle le Tellier, ministro francés de la guerra, compartía esta creencia: «Lejos de ahorrar sus recursos -escribió algún tiempo después-, la tropa se gasta a menudo en un día lo que se le da para diez, por lo que nunca tiene nada con qué comprar ropa y calzado»¹⁶. Por lo tanto, el suministro directo de artículos de primera necesidad era económicamente positivo, tanto para los soldados como para sus habilitados. Pero es dudoso que muchos civiles consideraran beneficioso el sistema alternativo. Ciertamente es que nunca conoceremos el «coste» exacto de las contribuciones, porque no se conservan todos los registros importantes, pero es evidente que constituían una carga pesada ya veces perjudicial para las poblaciones civiles implicadas, sobre todo durante la Guerra de los Treinta Años. Se ha calculado, por ejemplo, que los ejércitos suecos ingresaron entre 1631 y 1648 diez o doce veces más en concepto de contribuciones que a través de la tesorería de Estocolmo. Pueblos, pequeñas ciudades e incluso grandes urbes podían verse totalmente arruinadas por la llegada de tropas a sus alrededores.

Durante la segunda mitad del siglo, sin embargo, las contribuciones dejaron de ser el pilar de la financiación militar. En el caso Francés, por ejemplo, en la última década del siglo, las contribuciones no suponían ya más del 20 por 100 de los gastos del ejército, y su recaudación se realizaba de forma mucho más ordenada. Los pueblos y ciudades recibían notificación de las contribuciones solicitadas en formularios impresos, en los que los espacios en blanco se rellenaban de forma individual, y que se enviaban por correo con antelación. Sin embargo, estas contribuciones, aunque sólo supusieran una quinta parte del coste de los ejércitos de Luis XIV, seguían siendo una dura carga

¹⁶ Citado por André, *Michel le Tellier*, p. 341.

para las comunidades, y a menudo sólo se lograban arrancar bajo la amenaza de incendio a todos los pueblos recalcitrantes. En 1691, el propio rey apuntaba que «aun siendo horrible verse obligado a quemar pueblos enteros para forzar a la gente a pagar las contribuciones, como no existe otro medio de hacerles pagar, ni con amenazas ni con buenas palabras, no nos queda otro remedio que continuar utilizando estos procedimientos extremos»¹⁷.

Una de las razones del menor apoyo en las contribuciones a la hora de recaudar fondos para la guerra era el deseo de obtener equipo de mejor calidad y, sobre todo, la búsqueda de una mayor uniformidad. Durante las primeras décadas del siglo, si hemos de juzgar por el arte de la época y por los uniformes militares conservados en diversos museos, parece que a los soldados se les permitía generalmente vestir a su antojo. En algunos cuarteles se hicieron esfuerzos por homogeneizar la vestimenta y crear «uniformes». Así, cuando en 1605 el duque de Neuburg crea una milicia en Alemania, determina que todos los hombres vayan vestidos con «libreas militares del mismo tipo». De igual modo, la guardia de la ciudad de Nuremberg, creada en 1619, debía vestir de manera uniforme, y los dos nuevos regimientos de Braunschweig-Wolfenbüttel -establecidos también el mismo año- debían vestir únicamente de azul. Pero estos casos eran la excepción. Aunque Gustavo Adolfo de Suecia también dirigía regimientos con nombres correspondientes a diferentes colores («el rojo», «el azul», y así sucesivamente), parece que el apelativo hacía referencia únicamente al color del estandarte del regimiento bajo el cual combatían.

En su *Manual de guerra*, publicado en 1651, Hans Conrad Lavater de Zurich incluía algunas páginas sobre el atuendo militar, aunque se limitaba a comentar su diseño y calidad, sin mencionar para nada el color. Lavater advertía al futuro soldado que su vestimenta debía ser sobre todo «práctica»: zapatos fuertes, pantalones resistentes y calcetines gruesos; dos camisas abrigadas, un abrigo de piel con un capote por encima para protegerse de la lluvia y un sombrero de fieltro ancho para mantenerse a cubierto del sol y de los chaparrones. El corte de la ropa debía ser generoso, para que ésta fuera más cálida, pero la ropa no debía estar forrada de piel ni tener demasiadas costuras, para que no se convirtiera en criadero de bichos. En ningún momento preveía el autor el uso de algún tipo de «uniforme», y es fácil comprender por qué. Para empezar, no todas las tropas de los ejércitos de principios del siglo XVII pertenecían al mismo jefe militar. Durante la década de los años cuarenta, en el ejército imperial militaban unidades sajonas, bávaras, wesfalianas y españolas, así como regimientos austríacos. Se daba además el caso de que una única formación constaba de hombres reclutados en momentos distintos y en los lugares más variados. En 1644, un regimiento bávaro, del que se ha conservado un registro detallado, reclutó hombres de 16 grupos nacionales como mínimo, el mayor de los cuales era el alemán -534 soldados-, seguido del italiano -217-; a continuación venían grupos menos numerosos de polacos,

¹⁷ Luis XIV a Marshal Catinat, 1691; referencia JL.



eslovenos, croatas, húngaros, griegos, dálmatas, loreneses, burgundios, franceses, checos, españoles, escoceses e irlandeses. Había también 14 turcos. Aunque en el momento de incorporarse al regimiento hubiesen vestido a estos hombres con el mismo uniforme, las ropas se habrían gastado pronto y habrían tenido que ser sustituidas por prendas obtenidas en los saqueos a la población civil, o arrancadas de los muertos, o bien adquiridas en los escasos momentos de opulencia y ocio. Así pues, por mucho que durante algún tiempo hubiese predominado un tinte concreto en la vestimenta de un regimiento determinado, los hombres se habrían convertido pronto o en veteranos andrajosos y cubiertos de polvo, o en esas figuras abigarradas con atuendos multicolores que retrataron los artistas militares de la época.

Como durante la mayor parte del siglo XVII las tropas carecieron de uniformes, los hombres que luchaban en el mismo bando se vieron obligados a adoptar algún distintivo, generalmente un fajín, una cinta o una pluma de un determinado color. Los soldados de los Habsburgo, por ejemplo, tanto si eran austríacos como españoles, llevaban siempre un distintivo rojo; los suecos, amarillo (o amarillo y azul); los franceses, azul, y los holandeses, naranja. Si dos ejércitos diferentes aunaban sus fuerzas, se requería un nuevo distintivo. Por ejemplo, cuando las diversas unidades que apoyaban a Guillermo III -muchas de las cuales llevaban uniformes distintivos de su regimiento- se reunieron en el noreste de Irlanda justo antes de la batalla del Boyne, todas las tropas se colocaron un distintivo verde en sus sombreros, distintivo que a menudo no era más que un ramita con hojas o un helecho arrancado durante el camino.

En aquellos tiempos esta precaución era poco común. Durante la década de los cuarenta, el ministro francés de la guerra todavía ordenaba confeccionar ropa para el ejército de tres tamaños -la mitad «normal», un cuarto «grande» y un cuarto «pequeña»-, pero no decía nada a propósito de la calidad o del color. Sin embargo, cuando en 1645 el conde Gallas, comandante en jefe imperial, mandó publicar una orden dirigida a los sastres austríacos para que suministraran 600 uniformes a su regimiento, incluyó una muestra de la tela para que imitaran la calidad y el color gris pálido. Asimismo envió muestras de cuernos de pólvora y cartucheras para que los suministradores locales los fabricaran en masa. Hacia finales de siglo, una serie de medidas similares había permitido alcanzar el mismo grado de uniformidad a escala nacional, y todas las tropas de un ejército determinado vestían abrigos y pantalones del mismo color e iban armados con equipos del mismo diseño básico.

Pero no deben subestimarse las dificultades inherentes a este logro. Primero vinieron las armas. A principios del siglo XVII, aproximadamente la mitad de la infantería necesitaba picas de trece pies y armaduras de cuerpo entero; el resto, mosquetes de mecha de cinco pies con sus ristres dentados, o bien el arcabuz, más corto y ligero; además de polvorines, balas y mecha de combustión lenta. Los soldados de caballería necesitaban armaduras de medio cuerpo y pistolas o lanzas, y todas las tropas precisaban espadas y cascos. A medida que avanzaba el siglo, la proporción de armas de fuego, y por consiguiente el número de tropas que necesitaba municiones y

equipos, aumentó en unos dos tercios. Aunque estas armas no tenían por qué ser idénticas -en la última década del siglo todavía se suponía que cada soldado debía moldear sus balas con su propio trozo de plomo-, se exigía, sin embargo, un nivel considerable de homogeneidad. Prueba de que se podían fabricar dichos artefactos de forma masiva es la colección de armas y armaduras del siglo XVII conservada en el Arsenal de Graz, en Austria, donde estaban depositadas, listas para su uso inmediato, miles de armas con sus correspondientes equipos, que a pesar de proceder de diferentes talleres alcanzaban un alto grado de uniformidad. En un solo día se podía equipar a 8.000 hombres.

Conseguir caballos resultaba más difícil. Ciertamente es que durante las primeras décadas del siglo la caballería constituía menos del 10 por 100 de la mayor parte de los ejércitos de la Europa occidental. Cuando Francia entró en guerra con España en 1635, ordenó reclutar a 132.000 soldados de infantería por tan sólo 12.400 de caballería. Y aun siendo un número bastante reducido, la adquisición de equinos planteó serios problemas, ya que cada soldado de caballería necesitaba por lo menos tres monturas a lo largo de una campaña, y a veces más. Así, por ejemplo, en la batalla de Breitenfeldt, en 1631, el oficial toscano Ottavio Piccolomini vio morir, montado en sus grupas, a siete caballos en un solo día. Para no hablar de los caballos que necesitaban el estado mayor, los oficiales, la artillería y el tren de campaña que llevaba el bagaje. A medida que crecía el tamaño de los ejércitos europeos, y, avanzado ya el siglo, a medida que la caballería pasaba a suponer aproximadamente el 20 por 100 de las fuerzas totales, los criadores de caballos de toda Europa se encontraron con un mercado pujante. Naturalmente que de forma ocasional aparecían obstáculos al suministro -tras una sangrienta batalla o tras una orden de movilización inesperada-, pero, en general, y debido simplemente a lo constante de la demanda militar en la época barroca, durante la segunda mitad del siglo, la mayor parte de los ejércitos podían generalmente obtener caballos suficientes para atender a todas sus necesidades.

Ahora bien, la comida ya era otra cuestión. Para empezar, ningún ejército de la Europa del siglo XVII estaba formado únicamente por combatientes. Muchos soldados iban acompañados por sus mujeres o sus amantes; y más numerosos eran todavía los que tenían sirvientes y lacayos. Cuando, en 1622, el ejército español de Flandes se dirigía al sitio de Bergen-op-Zoom, tres virtuosos pastores calvinistas de la ciudad asediada consignaron: «Nunca se ha visto una cola tan larga en un cuerpo tan pequeño [...] un ejército tan reducido con tantos carros, fardos, caballos, rocines, cantineros, lacayos, mujeres, niños, y una chusma mucho más numerosa que el propio ejército»¹⁸. Puede que fuera verdad, aunque los archivos del ejército de Flandes sugieren que, durante el siglo XVII, los campamentos constituidos por el séquito de las tropas en las guerras de los Países Bajos raramente sumaban más del 50 por 100 del conjunto de las tropas. Sin embargo, en 1646, dos regimientos bávaros que luchaban en Alemania

¹⁸ Campan, *Bergues sur le Soom*, p. 247.



estaban formados por 480 soldados de infantería, acompañados de 74 sirvientes, 314 mujeres y niños, tres cantineros y 160 caballos; la caballería, por su parte, tenía 481 soldados, a los que acompañaban 236 sirvientes, seis cantineros, 102 mujeres y niños y 912 caballos.

Todos necesitaban comer y beber. La concesión diaria de 0,75 kg. de pan, 0,5 kg. de carne o queso y dos litros de cerveza, que era la ración que teóricamente debía recibir cada soldado, parece bastante razonable, pero dado el número total de bocas que había que alimentar en un ejército, se producían problemas que generalmente sólo las grandes ciudades, con infraestructuras alimentarias establecidas desde hacía tiempo, podían afrontar. Un ejército de 30.000 soldados podía tener 45.000 bocas que alimentar, de modo que para producir la ración media de pan para todo el mundo eran necesarios 80.000 kg. de harina diarios; para suministrar los 22.500 kg. de carne correspondientes había que sacrificar y preparar diariamente 2.500 corderos o 250 bueyes, cifra sorprendentemente alta debido al tamaño más bien pequeño del ganado de aquella época; y la ración de cerveza obligaba a producir y distribuir 90.000 litros cada día. Además, se necesitaban hornos, de 500 ladrillos cada uno, para hacer el pan, leña para encender los hornos y carros para transportar la harina, los hornos y la leña... Y, finalmente, los caballos necesarios para todo ello, así como para la caballería, la artillería, los oficiales y los carros con el bagaje -unos 20.000 animales para un gran ejército de operaciones- consumían 90 quintales de forraje o 400 acres de prado por cabeza y día.

Durante la segunda mitad del siglo XVII, según crecía el tamaño de los ejércitos, el desafío que representaba la organización de tamañas concentraciones de equipo militar para operaciones prolongadas llevó a los Estados a reasumir, uno tras otro, las tareas anteriormente delegadas en intermediarios militares. La nación pionera tal vez de esta medida fue la única de Europa que estaba dirigida por un soldado profesional: la República británica. Nada más ser ejecutado Carlos I en enero de 1649, el nuevo gobierno republicano de Londres decidió invadir y conquistar Irlanda. Desde el principio se reconoció que, dada la pobreza y atraso del país, la fuerza expedicionaria no podía «vivir de la tierra» y, por lo tanto, debería llevar consigo todas las provisiones. Sin embargo, como Inglaterra llevaba luchando desde 1642, las industrias clave estaban ya en pie de guerra y podían responder rápidamente a nuevas órdenes. En consecuencia, entre junio de 1649 y febrero de 1650, se embarcaron rumbo a Dublín seis millones de kilos de trigo y centeno, 250.000 kg. de queso, 150.000 kg. de galletas y 500.000 litros de cerveza, además de sal, salmón, bacon, arroz y pasas en menores cantidades. Parece que la República suministró a sus 16.000 soldados destacados en Irlanda el 90 por 100 de la ración diaria de pan, el 50 por 100 de la de queso y el 40 por 100 de la de cerveza, cuyo coste se les deducía de la paga, todo lo cual supuso un notable éxito. Pero hubo más. El ejército, con Oliver Cromwell a la cabeza, se trajo consigo igualmente una considerable reserva de dinero disponible, en parte para pagar a los soldados, pero también para adquirir avituallamiento adicional. Se publicó una

proclama garantizando que sería «gratuito y legal para todo el mundo [...] el traer cualquier tipo de provisiones al ejército [...] y recibir dinero disponible por los bienes y mercancías que se traigan y se deseen vender». Todos los soldados sorprendidos en pleno saqueo eran colgados¹⁹. Además, durante el invierno de 1649-1650, cuando el ejército de Cromwell se encontraba en los cuarteles de invierno, el gobierno de Londres organizó un envío de 17.950 equipos completos de ropa -zapatos, calcetines, camisas y pantalones-, así como 17.000 metros de paño tejido para confeccionar abrigos y 19.000 metros de lona para acondicionar las tiendas para la nueva campaña. Este éxito logístico ayudó a conseguir que la conquista inglesa de Irlanda se llevara a cabo en un lapso extremadamente corto, lo que llevó a repetir la experiencia en Escocia en 1650-1651.

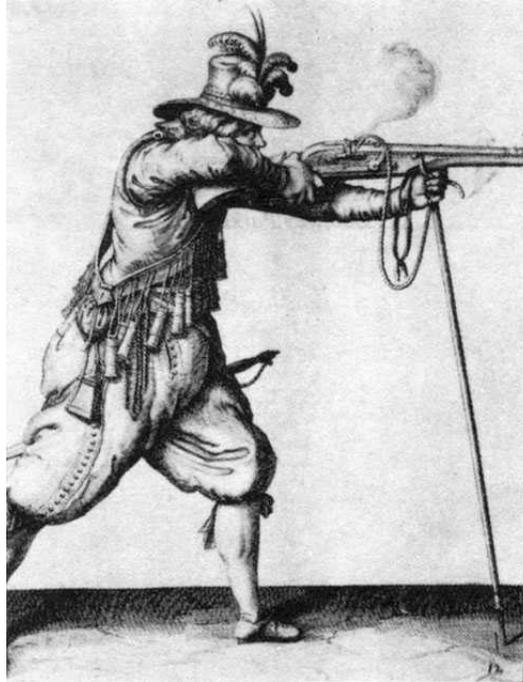
Así, en tres años, el ejército de Cromwell consiguió, por primera vez en la historia, unificar todas las Islas Británicas, pues las órdenes del gobierno de Londres se recibían y acataban en todos los rincones del archipiélago sin excepción. No cabe duda de que para la consecución de este logro fue crucial la efectividad en combate del ejército de Cromwell, que se había forjado en las guerras civiles inglesas. Pero si las tropas lograron tales triunfos, a menudo en áreas remotas donde todavía no había combatido nunca ningún ejército, fue gracias a su magnífico sistema de avituallamiento. Tal como recordó al cabo de cierto tiempo uno de los implicados, «no hay nada más cierto que esto: que en las últimas guerras fueron las provisiones de queso de Cheshire y las galletas llegadas en el momento preciso las que conquistaron Escocia e Irlanda»²⁰.

El ejemplo británico fue detenidamente estudiado en el extranjero, en particular en Francia, país con el que Cromwell formó una breve alianza, de modo que ambos ejércitos lucharon juntos en el continente durante algunos años. El joven rey francés Luis XIV no tardó en darse cuenta de la importancia de un ejército permanente y se convenció de que, para mantenerlo, se necesitaba una red de proveedores fijos y de polvorines militares. Un ejército de 150.000 hombres en tiempos de paz generaba una demanda regular y predecible que pronto creó, al igual que en la República británica, una infraestructura permanente y especializada, capaz de responder a emergencias militares repentinas con el suministro de alimentos, ropa y equipo para las nuevas tropas. De esta centralización a la uniformidad sólo había un paso, y, efectivamente, hacia los años ochenta el ejército francés vestía ya todo él con el «azul nacional» y portaba armas de idéntico diseño. Naturalmente, el coste de todo ello era escandaloso: en la década de los noventa, Luis XIV gastó en la guerra el 75 por 100 de las arcas del Estado, mientras que Cromwell había gastado el 90 por 100 durante los años cincuenta. Pero no es menos cierto que la recompensa era impresionante: las fronteras de Francia avanzaron en todas las direcciones y el poder del Estado sobre sus súbditos resultó

¹⁹ W. C. Abbott, *The Writings and speeches of Oliver Cromwell*, II, Cambridge, MA, 1940, pp. 111-13.

²⁰ Citado por C. H. Firth, *Cromwell's Army. A history of the English soldier during the Civil Wars, the Commonwealth and the Protectorate*. 4ªed., Londres, 1962, pp. 222-25.

fortalecido. El nuevo modelo de ejército había demostrado su valía, y pronto Europa entera copió los métodos introducidos por Cromwell y Luis XIV.



Jacob de Geyn, *El Mosquetero*. Grabado.

La suerte del soldado

En 1601, Lord Mountjoy, victorioso comandante en Irlanda de la Inglaterra isabelina, permitió a sus enemigos derrotados alistarse en ejércitos extranjeros, porque, según decía, «las tres cuartas partes de esos campesinos, una vez embarcados en un viaje como éste, ya no regresan nunca»²¹. Investigaciones recientes han confirmado esta inflexible aritmética. Por ejemplo, de los 230 jóvenes que la parroquia de Bygdea, al norte de Suecia, envió a combatir a Polonia y Alemania entre 1621 y 1639, 215 murieron, mientras que otros cinco volvieron lisiados. Aunque los restantes -tan sólo diez-, seguían en activo en 1639, es poco probable que alguno de ellos viviera lo

²¹ Mountjoy al Consejo Privado Inglés, 1 de mayo de 1601; citado por R. D. Fitzsimon, «Irish swordsmen in the Imperial service in the Thirty Year's War», *The Irish Sword*, IX, 1969-70, p. 22.



suficiente para ver el fin de la guerra, nueve años después, pues de los 27 naturales de Bygdea alistados en el año 1638, todos menos uno estaban muertos al cabo de un año de partir hacia Alemania. En la práctica, el alistamiento se había convertido en una sentencia de muerte. No es sorprendente que el número de varones adultos de Bygdea descendiera en un 40 por 100 -de 468 en 1621 a 288 en 1639-, y que la edad de los reclutados se fuera reduciendo, pues cada vez más adolescentes eran llamados a filas para no volver jamás. De los soldados enviados al extranjero en 1639, la mitad tenían tan sólo quince años y, excepto dos, todos tenían menos de dieciocho. En 1640, el número de casas de la parroquia cuyo cabeza de familia era una mujer se había multiplicado por siete. La estimación total de bajas en el ejército sueco entre 1621 y 1632 asciende a 50.000 ó 55.000 hombres, y las acaecidas desde 1633 hasta el final de la guerra, en 1648, fueron por lo menos dos veces más altas.

Pero este alto índice de mortalidad militar no se circunscribía a Suecia. Se ha calculado que, en conjunto, uno de cada cuatro o cinco soldados que se alistaban en los ejércitos de la Europa barroca moría cada año en acto de servicio, y la proporción aumentaba a medida que avanzaba el siglo. Según este cálculo, durante la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) pudieron morir unos 600.000 soldados, a una media de 20.000 soldados al año, y durante la Guerra de Sucesión española (1702-1713) unos 700.000, es decir, una media de 64.000 anuales.

¿Cómo pueden explicarse unas cifras tan altas? Una de las innovaciones tácticas fundamentales del siglo XVII que hizo aumentar el peligro de muerte en combate fue el implacable crecimiento de armas de fuego más eficaces. Naturalmente que el cañón de campaña, el mosquete y la pistola ya se habían utilizado antes, pero casi nunca con fines tan devastadores. A partir de 1600, los avances en el vaciado del hierro hicieron posible la reducción del peso de muchas armas de fuego, que resultaron más fáciles de transportar y más precisas en el disparo. Además, los métodos de carga más desarrollados -sobre todo el mecanismo del fusil de chispa, introducido en la década de los treinta- las hicieron más seguras. Por último, la invención de la bayoneta hueca en los años setenta permitió el uso del mosquete para cortar y clavar, además de disparar.

Pero el avance más importante en el uso de las armas de fuego se produjo en el terreno de la táctica. El punto de partida era la reforma militar introducida por Maurice de Nassau en el ejército holandés. Inspirándose en los métodos de la Roma imperial y de Bizancio descritos por Aelian y León VI, en torno al año 1600 Maurice concibió nuevas formas de desplegar sus tropas en combate. En vez de las falanges de piqueros, dispuestos en 40 ó 50 en fondo, que habían luchado en las batallas del siglo XVI, ordenó a sus hombres para el combate de diez en fondo. Sus formaciones eran más pequeñas y alcanzaban su objetivo más por la potencia de fuego que por las cargas de picas. Por lo menos, la mitad de los soldados del ejército de Maurice eran mosqueteros. Estos cambios parecen simples, pero se tradujeron en la necesidad de profundos ajustes en la organización militar. Por un lado, la reducción de la profundidad de la línea suponía inevitablemente un mayor despliegue de la misma, exponiendo así a un mayor



número de hombres a la prueba del combate cuerpo a cuerpo y al fuego enemigo; y, por otro lado, dado que la línea era más estrecha, se necesitaba una mayor disciplina y coordinación entre los hombres. El ejército holandés perfeccionó sobre todo la técnica de la descarga cerrada, lo que implicaba que cada fila debía descargar sus mosquetes frente al enemigo de forma simultánea, y después retirarse para recargar mientras las otras nueve filas seguían su turno, produciendo así una lluvia de fuego. Pero para llevar a cabo esta maniobra frente al enemigo se requería una considerable fortaleza, perfecta coordinación y gran familiaridad con todas las acciones requeridas. De ahí que Maurice volviera a introducir el método de instrucción del ejército romano.

La insistencia de Maurice en la precisión y la armonía era reflexión de la preocupación general de la época barroca por las formas geométricas, ya fuese en la arquitectura, la equitación, la danza, la pintura, la esgrima o el combate, y hay que decir que sus ideas fueron muy admiradas e imitadas. Ya en 1603, un estudio militar francés dedicaba todo un capítulo a «Los ejercicios utilizados en el ejército holandés», y en 1608 se publicó en Amsterdam el primer manual ilustrado de instrucción de la Europa occidental. Este manual, escrito por el primo de Maurice, John Nassau, apareció con el título de *El ejercicio de las armas* y bajo el nombre del conocido grabador Jacob de Cheyne. Otros muchos estudios imitaron la técnica de Cheyne de utilizar una serie numerada de imágenes para lustrar las maniobras concretas necesarias para el manejo de las armas y para la organización de las tropas para la guerra. Después, en 1616, John abrió en su capital, Siegen, una academia militar que a la postre sería la primera de Europa y que tenía como objetivo explícito crear un cuerpo profesional de oficiales. El primer director de la *Schola militaris*, Johann Jacob von Wallhausen, publicó varios manuales de guerra siguiendo el ejemplo holandés, que constituía la base de toda la enseñanza de Siegen, donde la formación duraba seis meses y era la propia escuela la que proporcionaba las armas, armaduras, mapas y modelos necesarios para la instrucción.

Sin embargo, la difusión de las nuevas tácticas no se producía sólo a través de los libros y de las escuelas. Algunos países extranjeros solicitaron asimismo a Maurice que les proporcionara instructores militares. Brandemburgo solicitó y recibió dos en 1610, y a lo largo de los diez años siguientes otras fueron a parar al Palatinado, Baden, Württemberg, Hesse, Brunswick, Sajonia y Holstein. Incluso los suizos, que fueron los primeros en demostrar la potencia de la pica en su lucha contra la Borgoña del siglo XV, pese a su apego a la tradición, se vieron obligados a tomar buena nota de tales innovaciones, y en 1628 la milicia de Berna se reorganizó manifiestamente en líneas holandesas, con compañías más pequeñas y más armas de fuego. En todo caso, el más influyente discípulo de Maurice fue, sin lugar a dudas, Gustavo Adolfo de Suecia, quien, en un viaje por Alemania realizado en 1620, observó multitud de formas diferentes de organización militar y fortificación, además de leer los principales libros sobre la materia. A su regreso, llevó las reformas de Maurice un poco más lejos al reducir la profundidad de la línea de mosquetería del ejército sueco de diez a seis filas e

incrementar la potencia de fuego añadiendo cuatro piezas de campaña ligeras por regimiento. Todos los hombres recibían un riguroso entrenamiento por parte de un elevado número de oficiales y suboficiales. Se hizo un esfuerzo para mantener a las tropas ocupadas todo el tiempo, construyendo murallas y haciendo marchas o instrucción. A veces, el rey instruía personalmente a sus tropas sobre la nueva disciplina, demostrando a los nuevos reclutados cómo disparar un mosquete de pie, de rodillas y tumbado. Las unidades reclutadas en el extranjero debían presenciar las demostraciones de las «normas de disciplina suecas» que realizaban los veteranos. Entre estas demostraciones estaba la doble descarga, en la que los mosqueteros se colocaban de tres en fondo: una fila arrodillada, la segunda en cuclillas y la tercera de pie, con el fin de «hacer llover la mayor cantidad posible de plomo sobre el pecho de los enemigos de una sola vez [...] y, así, causarles mayor perjuicio [...], porque una detonación atronadora única y continuada es más horrorosa y temible para los mortales que diez descargas interrumpidas», según palabras de Sir James Turner, que tuvo ocasión de ver en funcionamiento. esta táctica mortífera²².

La diferencia más importante entre las «revoluciones militares» sueca y holandesa no residía en la técnica, sino en la aplicación y en la escala. Maurice de Nassau apenas libraba batallas, y, cuando lo hizo, su ejército de campaña apenas superaba los 10.000 hombres. El terreno en el que operaba estaba dominado por una red de ciudades fortificadas que, en gran parte, hacía que las batallas campales resultaran irrelevantes, toda vez que no eximían de sitiar a las ciudades. Pero Gustavo operaba en áreas que no habían sufrido la guerra, ni tan siquiera su amenaza, desde hacía setenta años y, en algunos casos, incluso más. Por ello existían muchísimas menos ciudades bien defendidas -aunque había que sitiar las existentes- y, por lo tanto, se podía decidir el control de grandes áreas por el resultado de una batalla. La publicidad más favorable que el nuevo sistema militar podía haber encontrado fue la victoria de Gustavo en Breitenfeld en 1631. Fue la clásica confrontación entre el sistema de batalla tradicional utilizado desde las guerras italianas del Renacimiento y el nuevo: el ejército del Imperio, basándose principalmente en cuadros de picas de 30 hombres de profundidad y 50 de anchura, se enfrentó a un ejército sueco formado por mosqueteros de seis en fondo y picas de cinco en fondo, que poseían el doble de armas de campaña. La superioridad en las armas de fuego era aplastante. La artillería sueca podía lanzar disparos de nueve kilos de hierro a unos 1.700 metros cada seis minutos; los mosqueteros de Gustavo, que suponían algo más de la mitad del total de los soldados, podían disparar repetidas andanadas de cañonazos de plomo de unos 20 milímetros de diámetro, con una gran puntería hasta los 50 metros y una puntería del 50 por 100 hasta los 75 metros.

Todos estos progresos causaron la muerte de un gran número de soldados. Si bien las personas que ejercían la medicina en los comienzos de la Europa moderna

²² Sir James Turner, *Pallas Armata: military essays of the ancient Grecian, Roman and modern art of war*, Londres, 1683, p. 237.

podían curar muchas heridas «limpias» causadas por espadas y picas, eran incapaces de arreglar los huesos destrozados por los mosquetes y las balas de cañón. En Breitenfeld murieron 7.600 hombres, esto es, más de una quinta parte de los soldados del Imperio, que naturalmente resultaron derrotados. Según aumentaba el porcentaje de mosqueteros y el número de armas de campaña a lo largo del siglo, el número de víctimas iba creciendo proporcionalmente. Así, en la batalla de Malplaquet, acaecida en 1709, ambas partes perdieron aproximadamente el 25 por 100 de sus fuerzas, que en total sumaban en torno a los 50.000 muertos en un solo día. Parece que las bajas producidas en combate fueron por lo general numerosas, independientemente de lo que durara la batalla. Si entre ambas existía igualdad, como ocurrió en Malplaquet, la matanza en el campo de batalla era terrible. Si, por el contrario, las fuerzas eran desiguales, a la derrota de los más débiles podía seguir una dura persecución y una matanza incluso mayor, ya que muchos soldados fugitivos -y a veces unidades enteras- morían cuando sus adversarios les disparaban a sangre fría, en ocasiones con la ayuda de los campesinos locales. Incluso una retirada ordenada podía tener un alto coste en vidas humanas. Así, por ejemplo, tras su derrota en la batalla de Tuttlingen, en Baviera, ocurrida en noviembre de 1643, el ejército francés a las órdenes de Turenne fue obligado a abandonar su bagaje y a replegarse al Rin en pleno invierno. De los 16.000 hombres que pudieron salvarse en la batalla, escasamente un tercio pudo sobrevivir a la retirada. Al año siguiente, un ejército imperial que había invadido Holstein se vio hábilmente forzado por sus enemigos a regresar a través de áreas tan devastadas que la mayoría de sus componentes murió de hambre. Según un cronista de la época, de los 18.000 hombres que iniciaron la retirada, apenas 1.000 llegaron a sus hogares, de tal modo que «sería difícil encontrar un caso igual de un ejército arruinado en tan poco tiempo sin haber librado ninguna gran batalla». Tal como anotaba el cardenal Richelieu en su *Testamento político*, precisamente en esta época, «en los libros de historia encontramos que son muchos más los ejércitos que han perecido por falta de alimento y de orden que por la acción del enemigo»²³.

Los sitios, que en muchas guerras eran harto más comunes que las batallas, provocaban asimismo grandes pérdidas humanas. En 1628, de los 7.833 soldados ingleses embarcados en Portsmouth para la liberación de La Rochelle (Francia), 409 se perdieron casi a la vez al desembarcar en la isla de Ré, 100 cayeron en las trincheras y 120 murieron de disentería; 3.895 más fallecieron o en asaltos desafortunados a los reductos franceses o en la retirada final; y, por fin, otros 320 desaparecieron. Tan sólo 2.989 sobrevivieron a la campaña y pudieron volver a Portsmouth en el mes de octubre. El balance presentaba una pérdida del 62 por 100 de los hombres en tres meses. En el mismo año, durante el bloqueo de Stralsund, el regimiento escocés de Mackay formado por 900 hombres estuvo de guardia entre los defensores durante seis semanas seguidas. Según su coronel, incluso les llevaban la comida a los puestos de combate y «no

²³ B. P. von Ghemnitz, *Königlichen schwedischer in Teutschland geführten Kriegs vierter Teil*. Estocolmo, 1859 (pero escrito en la década de los cincuenta), p. 168. Richelieu, *Testament politique*, p. 480.

podíamos abandonar nuestros puestos para nuestro recreo habitual ni tan siquiera para dormir [...] [por lo demás] nunca nos quitábamos lo puesto, como no fuera para cambiar de camisa o de ropa interior». No es sorprendente que durante esos cuarenta días de intenso servicio activo murieran no menos de 500 hombres del regimiento y otros 300 -incluido el coronel- resultaran heridos. Aun así, los escoceses se consideraban afortunados, pues de haber tomado Straldsun al asalto, podían haber muerto todos, como le ocurrió a la guarnición de Frankfurt-on-Oder en 1631, que fue derrotada y exterminada, y los cadáveres abandonados allí donde se encontraban. Se necesitaron seis días para enterrar a los 3.000 defensores pertenecientes al Imperio, junto a los 800 soldados muertos en el asalto, de modo que «al final eran arrojados por montones en grandes fosas, a razón de unos cien por zanja»²⁴.

Ni que decir tiene que muchos soldados murieron por causas que nada tenían que ver con las heridas. Tal como señaló Sir James Turner, incluso sin contar con la suerte en el combate, la vida militar era dura, especialmente para los recién reclutados «que nunca habían experimentado lo que es no tener dos o tres comidas diarias e irse a dormir al ponerse el sol, siguiendo las estaciones», porque en su nueva vida tenían que «dormir constantemente en los campos con poco o ningún abrigo, andar siempre a pie y beber agua». En 1620, un observador descartó que se pudiera contar con un ejército de italianos que, desde Lombardía, marchaba a través del Piamonte en dirección a las guerras de los Países Bajos: «Los de las dos primeras filas eran bastante buenos y tenían un aire marcial, pero el resto estaba constituido por unos pobres chicos de edades comprendidas entre los dieciséis y los veinte años, enfermizos y mal vestidos, y la mayoría de ellos sin sombreros ni zapatos. Sus carros están ya llenos de enfermos y tan sólo llevan cinco días de marcha; yo creo sinceramente que [...] la mitad caerán al borde del camino»²⁵. El viaje de Milán a Bruselas significaba un recorrido de 1.000 km., en el que se incluía la travesía de los Alpes, generalmente por el puerto de Mont Cenis; pero por lo menos se trataba de un viaje a través de territorio amigo. Otros ejércitos fueron menos afortunados. Entre 1630 y 1633, el ejército sueco anduvo 5.000 km. a través de Alemania -desde Peenemunde en el Báltico, vía Mainz en el Rin y Munich en Baviera, hasta Brandemburgo-, luchando durante casi todo el camino. En 1654, en una campaña de conquista de tres meses de duración a través de las inhóspitas cañadas y puertos de las Highlands escocesas, el ejército inglés recorrió 1.600 km. No es de extrañar que murieran más hombres de agotamiento que a consecuencia de los ataques enemigos.

Finalmente, además de por las heridas, el agotamiento y el hambre, muchos soldados morían por enfermedad. En la brigada escocesa que servía en Alemania entre 1626 y 1633, parece que aproximadamente un 10 por 100 de los regimientos padecieron alguna enfermedad en algún momento, a lo que se sumaban de vez en cuando las

²⁴ Monro, *Expedition*, I. pp. 62, 67 y 79-80, y II, p. 35.

²⁵ Turner, *Memoirs*, pp. 4 y 6; Archives de l'Etat, Génova, *Portefeuille Historique* 2651, el Dr. Isaac Wake al consejo de Génova Turín, 4 de julio de 1620.



epidemias, que hacían crecer el porcentaje de forma dramática. Los soldados del Imperio que entraron en Italia en 1630-1631 para participar en la guerra de Mantua llevaron consigo la peste bubónica, que no sólo diezmo sus propias fuerzas, sino que también hizo mella en la población lombarda, además de proporcionar a Alessandro Manzoni el inolvidable telón de fondo de *I promessi sposi*.

Pero, ¿qué era de los soldados que no morían en servicio? Algunos se salvaban, al menos temporalmente, al ser capturados. Durante la primera mitad del siglo, el soldado raso solía ser liberado tras prestar juramento de que no haría armas contra el vencedor durante un período de tiempo determinado, o bien se le invitaba a alistarse en el ejército al que se acababa de entregar. En 1631, hasta los italianos capturados por Gustavo Adolfo en la campaña de Rhineland fueron bienvenidos en el ejército sueco. Bien es cierto que desertaron en cuanto llegaron a las estribaciones de los Alpes al verano siguiente. En 1645, en Inglaterra, tras la gran victoria parlamentaria de Naseby, se persuadió a muchos soldados realistas, capturados tanto en la batalla como en la posterior rendición de las guarniciones, para que se alistaran en el ejército de Cromwell. Pero, evidentemente, esta práctica de convertir los enemigos de ayer en la guardia de corps de mañana era potencialmente peligrosa. Esta es la razón por la que, según avanzaba el siglo, se fueron adoptando como norma una serie de alternativas. Así, se fue normalizando el rescate de prisioneros de guerra. Tras la batalla de Jankow (1645), por ejemplo, los vencedores se avinieron a rescatar a todos los generales del derrotado ejército del Imperio a cambio de 120.000 táleros. Pero esto era excepcional. Normalmente, antes de una campaña, se acordaba y publicaba una tarifa de rescate -tanto por un general, tanto por un coronel, y así sucesivamente iban descendiendo en la escala-, y los prisioneros se intercambiaban al finalizar las operaciones según su «valor». Mientras las tropas permanecían como prisioneras de guerra no había que pagarles la soldada y se entregaban a sus mujeres las raciones de pan sobrantes.

Igualmente, se pasó a prestar mayor atención a los heridos y enfermos. A lo largo del siglo XVII, fueron muchos los gobiernos que construyeron hospitales militares. En este aspecto, el ejército español de Flandes se convirtió en el pionero al crear el hospital de Mechelen, fundado en 1585, que con el tiempo llegó a contar con 330 camas y estaría atendido por 49 personas. En él se curaba con notable éxito a soldados que eran víctimas de las enfermedades más variopintas, desde la sífilis y la malaria, pasando por las heridas de guerra, hasta el estrés psicológico y los traumas provocados por la batalla, eso que en los documentos se denomina como «mal de corazón». Las propias tropas ayudaban a financiar este servicio, pues el real que se deducía de la paga mensual de cada soldado y el producto de las multas impuestas a los oficiales y al resto de los hombres por blasfemar pasaban a engrosar las arcas del hospital. El ejército de Flandes creó también un hogar especial para veteranos lisiados, la Guarnición de Nuestra Señora de Hal, que en 1640 contaba con 346 hombres; a cambio de desempeñar tareas de vigilancia puramente nominales, estos soldados



recibían alojamiento y paga gratuitos. Sin embargo, hasta la década de los cincuenta, este tipo de organizaciones humanitarias creadas en el sur de Holanda fueron aparentemente la excepción. Parece que la mayor parte de los oficiales tuvieron poco tiempo para ocuparse de sus heridos, excepto en ocasiones especiales, como durante el momento culminante del ataque sueco en el Alte Veste, cerca de Nuremberg, acaecido en 1632, en el que Wallenstein se paseó entre los defensores lanzando puñados de monedas al regazo de los heridos para dar ánimos al resto de los combatientes. Antes y después, los demás países siguieron el ejemplo español: Francia creó en 1670 el Hotel des Invalides, tanto para los soldados heridos como para los veteranos; Gran Bretaña fundó los hospitales militares de Kilmainham (Dublín) en 1681 y Chelsea (Londres) en 1684, y así sucesivamente.

Pero no todos los soldados de la época barroca morían, envejecían o resultaban heridos en acto de servicio. Un buen número de ellos se hacían ricos y se retiraban con sus ganancias. Es el caso del comandante imperialista Henrik Holck, que entró en la carrera de las armas siendo un hombre pobre y volvió a su Dinamarca natal en 1627 siendo lo suficientemente rico como para pagar 50.000 táleros en efectivo por una finca en Funen; o el del general sueco Königsmarck, que comenzó su carrera militar como soldado raso y murió en 1663 dejando bienes por valor de casi dos millones de táleros -183.000 en efectivo, 1.140.000 en letras de crédito y 406.000 en tierras-; o John Churchill, tal vez el más afortunado general de Inglaterra, que se retiró con el título de duque de Marlborough y una sustanciosa «gratificación» de su país que le permitió construirse una suntuosa mansión, el palacio de Blenheim, a las afueras de Oxford. Los títulos y las propiedades eran tal vez las recompensas más comunes para los jefes militares del siglo XVII, especialmente para aquellos que habían ejercido de contratistas en uno o varios regimientos. Puede que no siempre hubiesen recibido todas las pagas atrasadas, pero tenían la seguridad de ser sobradamente compensados de otro modo. Así, en la región situada alrededor de Stralsund, en Pomerania, anexionada a Suecia por la Paz de Westfalia en 1648, el 40 por 100 de las granjas pasaron a manos de antiguos oficiales del ejército -la media era de 14 granjas-; y en Irlanda, tras la conquista de Cromwell en 1649-1650, los atrasos tanto de los oficiales como de los soldados se pagaron con tierras confiscadas a los vencidos -la media era de 15 acres. Los oficiales de las compañías también podían hacerse ricos aprovechando la posibilidad de conseguir casas en las ciudades ocupadas, que posteriormente vendían con el consiguiente beneficio, o bien aceptando sobornos de familias pudientes a cambio de la exención de alojamiento, o inflando artificialmente el tamaño de su unidad para solicitar más raciones alimenticias y más soldadas de las debidas. Y todos ellos, oficiales y soldados, podían obtener también algún beneficio de la práctica del saqueo.

Sin embargo, el verdadero problema no era hacerse rico, sino mantener esa riqueza. Sydnam Poyntz, un oficial inglés de origen humilde que servía en la Guerra de los Treinta Años, no fue el único en rehacer su fortuna varias veces para terminar perdiéndola por descuido e infortunios. Tal como observó un moralista francés en



1623, por cada soldado que se hace rico en la guerra «encontrarás cincuenta que no sacaron más que heridas y enfermedades incurables». Ahora bien, esta afirmación, que naturalmente no podemos verificar, tiene algo de cínica, porque, indudablemente, las heridas y las enfermedades incurables no se cebaban sólo en los soldados. La vida de todos los hombres y mujeres del siglo XVII era, a decir de Thomas Hobbes, «precaria, peligrosa, brutal y corta»²⁶. En esa Europa barroca en la que la muerte, la enfermedad y la miseria eran habituales compañeros de la guerra, a menudo resultaba más seguro estar dentro de un ejército que fuera. Aquellos que, como el soldado de *Don Quijote*, se veían arrastrados a la guerra por la necesidad, no siempre eligieron la profesión equivocada. Al fin y al cabo, como dijo Fluvio Testi, era «el siglo del soldado».

²⁶ E. Crucé, *Le nouveau Cynée*, París, 1623, pág. 13. T. Hobbes, *Leviathan*, Londres, 1651.